

LA crisis gubernamental italiana, que en principio parecía destinada a resolver el problema político principal de Italia —esto es, la participación de los comunistas en el Gobierno—, está evolucionando hacia soluciones de compromiso que probablemente no aportarán cambios sustanciales al precario sistema de alianzas entre los partidos. El Gobierno de "unidad y solidaridad democrática" propuesto por comunistas, socialistas y republicanos ha dejado de ser objeto de negociación con los democristianos y ahora se discute únicamente el tipo de mayoría parlamentaria que deberá sostener al próximo Gabinete que, según todos los indicios, será, una vez más, de naturaleza cristiano-demócrata.

Dos factores han determinado el curso conciliador de las negociaciones. Ante todo, las intervenciones del Departamento de Estado norteamericano, del Foreign Office británico, de la OTAN, del presidente de la Comunidad Económica Europea y del Vaticano contra la participación de los comunistas en el Gobierno. Pero también la propia causa determinante de la crisis (una fuerte protesta popular y sindical que produjo sorpresa y alarma en los dos mayores partidos de la izquierda italiana), siendo totalmente exterior al juego de las coaliciones entre los partidos, ha permitido que puedan reproducirse nuevas combinaciones parlamentarias bajo formas similares.

El primer síntoma de crisis gubernamental se percibió en Italia el 2 de diciembre de 1977, cuando más de 150.000 metalúrgicos de todo el país acudieron a Roma para protestar contra el paro creciente y la política económica del Gobierno. Dentro de las tres centrales sindicales el malestar era grande. Trabajadores, estudiantes y organizaciones autónomas de parados habían ocupado en las semanas anteriores la estación central de Nápoles. En Calabria y otras ciudades del Sur se sucedieron movimientos espontáneos de ocupación de fábricas. Luigi Macario, secretario general del Sindicato Católico, declaró entonces que "la situación se estaba volviendo ingobernable". Las confederaciones obreras reaccionaron decidiendo proclamar una huelga general. Pero ante la perspectiva de que un enfrentamiento tan directo con el Gobierno provocase una crisis gubernamental inmediata, los dirigentes sindicales desistieron, convocando una manifestación nacional de metalúrgicos que se convirtió, de hecho, en un ultimátum. "Gobierno Andreotti, estás liquidado", gritaron los manifestantes por la calles de Roma.

Cinco días más tarde, el Partido Comunista Italiano (PCI) daba un brusco cambio a su línea política, solicitando urgentemente "la

formación de un Gobierno de unidad y solidaridad democrática en el que participan socialistas y comunistas". Retirando su apoyo a Andreotti, los comunistas formaron un frente con socialistas y republicanos, que ya con anterioridad reclamaban un "Gobierno de emergencia" en el que estuviesen representados todos los partidos de Italia.

Teniendo manifiestamente en contra a cuatro de las seis fuerzas políticas que lo sostenían (también los socialdemócratas propugnaban un cambio gubernamental, pero sin pronunciarse sobre nuevas fórmulas posibles) y a las centrales

hington para "examinar con el Departamento de Estado los diversos aspectos del problema italiano y transmitir un aviso a los dirigentes democristianos sobre la preocupación con que la Casa Blanca ve la creación de eventuales fórmulas que incluyan al PCI en el Gobierno o lo acerquen al poder".

La dirección de la Democracia Cristiana (DC), reunida cuarenta y ocho horas más tarde, excluía cualquier tipo de colaboración con los comunistas, rechazando no sólo su participación en el nuevo Gobierno, sino también en la mayoría parlamentaria que debería sostenerlo. El antagonismo en las

ron decisivos. En primer lugar, porque, en Italia, el problema de la participación del PCI en el ejecutivo preocupa casi exclusivamente por sus repercusiones internacionales y muy poco por la trascendencia que pudiese tener sobre la política interior. La injerencia norteamericana puso además de relieve que la izquierda italiana se había hecho ilusiones sobre la neutralidad de los Estados Unidos con respecto a la autonomía, que estaban dispuestos a reconocer ante la eventualidad de un cambio político sustancial en el país.

El enfrentamiento entre los grupos políticos italianos, sin embargo, continuó durante algunos días. Los comunistas, vista la negativa democristiana a cualquier tipo de apertura, lanzaron la propuesta de formar un Gobierno que excluyese a la DC. Siendo teóricamente posible, este "Gabinete de izquierda" era irrealizable en la práctica porque nadie (salvo demoproletarios y radicales) estaba dispuesto a sostenerlo. Fue el último momento de "fantasía política" que se registró en Italia. A partir de ese momento, los socialistas constataron que los democristianos nunca aceptarían al PCI en una alianza gubernamental, y renunciaron al "Gobierno de emergencia".

Al cabo de pocos días, el Comité Central comunista adoptaría una posición similar, mostrándose dispuesto a cerrar la crisis de Gobierno si la DC le ofreciese la participación en una mayoría parlamentaria "explícita, reconocida y contratada", según un "pacto de emergencia". Solución no muy distante de la preconizada por los democristianos, que estarían dispuestos a suscribir un "acuerdo programático" con el PCI, que estuviese refrendado por un voto parlamentario lo menos "explícito, reconocido y contratado" que fuera posible. Andreotti, en estos días, trata de establecer los ambiguos límites que caracterizarían ese "pacto".

Todo vuelve a los cauces anteriores. La crisis gubernamental italiana ha puesto de relieve, sin embargo, la debilidad de las líneas políticas oficiales de los distintos partidos. El "compromiso histórico" del PCI quedó olvidado ante la proposición de un Gobierno que excluyese a la DC. La "alternativa de izquierdas" que los socialistas propugnan fue pisoteada por el propio partido al no querer constituir un Gabinete con los comunistas que dejase a los democristianos en la oposición. La "confrontación" que inspira a la DC en sus relaciones con el PCI ha sido traicionada, según asegura el grupo parlamentario cristiano-demócrata más conservador. Pero, por cuanto débiles, esas líneas políticas han prevalecido sobre la propuesta popular, el malestar en la base sindical y la inquietud general, mostrándose defensoras obstinadas del "statu quo". ■

Italia

UN "IMPASSE" QUE NO ACABA



Berlinguer, Paolo Bufalini y Giorgio Amendola, durante la reciente reunión del Comité Central del PCI.

JOSE LUIS MUNIZ

sindicales dispuestas a ir a la huelga general, el Gabinete democristiano de Andreotti había perdido toda estabilidad, la crisis de Gobierno estaba virtualmente abierta, en Roma se decía que "los Reyes Magos traerán a Italia de regalo otro Gobierno", y el acceso de la izquierda al poder parecía casi inevitable.

Las primeras noticias sobre la intervención norteamericana llegaron por aquellos días, al mismo tiempo que en Roma se desataba una oleada de violencia política: cinco asesinatos en la primera semana del año. El embajador de Estados Unidos en Italia, Richard Gardner, emprendió viaje a Was-

posiciones de los dos partidos llegaría a su punto culminante coincidiendo con la publicación del comunicado de la Casa Blanca, en el cual se anunciaba que los Estados Unidos "no son favorables a la presencia de los partidos comunistas en los Gobiernos de Europa Occidental, y quisieran ver disminuir la influencia comunista en estos países". Poco después, la OTAN daba a conocer la existencia de un "plan de emergencia" que sería aplicado si el PCI entrase a formar parte del área gubernamental.

Los efectos que ambas intervenciones tuvieron sobre la evolución de la crisis de Gobierno fue-